

**Concurso Literario
ELI 2018**



**POESÍA Y CUENTO
TEXTOS PREMIADOS**

Corrientes, 2018
Edición de la Biblioteca de la Libertad
Encuentro Liberal (ELI)



**Concurso Literario
del Encuentro Liberal
(ELI)**

**GÉNEROS
POESÍA Y CUENTO**

TEXTOS PREMIADOS

Diseño de tapa y supervisión editorial: Moglia Ediciones, Corrientes.
© *Encuentro Liberal – ELI*



Editado por la **Biblioteca de la Libertad**,
San Lorenzo 982, (CP 3400) Ciudad de Corrientes.
Partido Encuentro Liberal (ELI).

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial.
Impreso en **Moglia S.R.L.** – La Rioja 755
3400 Corrientes, Argentina
mogialibros@hotmail.com
www.mogliaediciones.com
Octubre de 2018

**Concurso Literario
del Encuentro Liberal
(ELI)**

**GÉNEROS
POESÍA Y CUENTO**

TEXTOS PREMIADOS

Corrientes, 2018
Edición de la Biblioteca de la Libertad
Encuentro Liberal (ELI)



**Este libro incluye las siguientes obras
premiadas en el Concurso Literario ELI 2018:**

-Género Poesía-

Premio “Chichín” García

1^{er} Premio

Texto “Kuimba’e”, por “Pitogüé”

Nombre real: Rafael Antonio Solá

Argentino, 58 años.

Domiciliado en Tel Aviv 1747, (CP 1714) Ituzaingó, Pcia. de Buenos Aires.

DNI 13.314.785

2^o Premio

Texto “No saben de pesca”, por “Paso de las liebres”

Nombre real: Fernando Azamor

Argentino, 60 años.

Domiciliado en Avellaneda 673, (CP 2800) Zárate, Pcia. de Buenos Aires.

DNI 12.210.902

3er Premio

Texto “Voces del Iberá”, por “Mainumby”

Nombre real: Mónica Susana Scheinsohn

Argentina, 54 años.

Domiciliada en Balcarce 1120, Florencio Varela, Pcia. De Buenos Aires.

DNI 16.676.647

-Género Cuento-

Premio Horacio Julio Rodríguez

1er Premio

Texto “La isla del monje”, por “Gregorio Murúa”

Nombre real: Ricardo Dupuy

Argentino, 53 años.

Domiciliado en Espora 2248, Santa Fe.

DNI 16.879.919

2º Premio

Texto “No se pesca de noche”, por “Pocoluse”

Nombre real: Fernando Azamor

Argentino, 60 años.

Domiciliado en Avellaneda 673, (CP 2800) Zárate, Pcia. de Buenos Aires.

DNI 12.210.902

3er Premio

Texto “El fracaso del cazador”, por “Lomeño”

Nombre real: Domingo Dámaso Díaz

Argentino, 73 años.

Domiciliado en Meabe 7301, (CP 3400) Barrio Lomas, Corrientes.

DNI 5.672.479

El jurado estuvo integrado por los escritores Moni Munilla (Corrientes), Marina Nill (Resistencia) y Alejandro Mauriño (Corrientes).

De las Bases de Acción Política del Encuentro Liberal (ELI)

“El ELI luchará por una organización política, económica, cultural y administrativa que proporcione a cada habitante la posibilidad de que con su trabajo y con su estudio logre un ámbito de seguridad y libertad que le permita crecer como persona, educar a sus hijos conforme a sus convicciones, para satisfacer sus elementales necesidades espirituales y materiales”.

“Queremos jóvenes sin drogas, haciendo deportes y participando en actividades culturales y artísticas, soñando y sabiendo que lo pueden hacer realidad”.



Proemio

Los poemas y cuentos insertos en esta antología fueron elegidos por el jurado del Concurso Literario ELI 2018 en los primeros días del mes de octubre de 2018, entre aproximadamente ochenta trabajos provenientes de todo el país.

La temática convenida en las bases de la competencia fue el sistema del Iberá, parque acuático, ecológico y turístico de la provincia de Corrientes. El jurado estuvo integrado por los escritores Moni Munilla (Corrientes), Marina Nill (Resistencia) y Alejandro Mauriño (Corrientes).

El género Poesía fue nominado como premio **“Chichín” García**, destacado poeta itateño (1927-2011), fallecido en Tully, New York, EE.UU., en donde ejercía su profesión de médico. El género Cuento se denominó premio **Horacio Julio Rodríguez** (1928-2015), en homenaje a uno de los más notables narradores de la provincia, abogado que residió la mayor parte de su vida en Curuzú Cuatiá.

Los textos insertos en esta obra pertenecen a los escritores **Rafael Antonio Solá** (Ituzaingó, provincia de Buenos Aires); **Fernando Azamor** (Zárate, provincia de Buenos Aires); **Mónica Susana Scheinsohn** (Florencio Varela, provincia de Buenos Aires); **Ricardo Dupuy** (ciudad de Santa Fe); y **Domingo Dámaso Díaz** (ciudad de Corrientes).

Las autoridades del Encuentro Liberal (ELI) agradecen con fraternal estima a todos los escritores, sean estos profesionales o aficionados, por su participación en esta competencia literaria, que apunta al rescate cultural de las riquezas geográficas, ecológicas y turísticas de nuestra provincia.

Biblioteca de la Libertad
Encuentro Liberal ELI
Corrientes

Kuimba'e

El sol le viene borrando
estrellas al cielo de Iberá.
Lo vio un pitogüé, cantando,
subido a un alto jacarandá.

En los juncos, una sombra
que nadie tal vez llegara a ver
comienza a moverse, existe.
Llegó el momento de recoger.

La línea pesa y hay temblor
en el anzuelo se ha prendido un manduvá.
Tirá despacio y con temor.
Si se te corta vos vas a pasar vare'a.
Que no pelee, por favor.
Que no se arranque la boca al tironear.
Ya le clavaste el robador.
Un día más. Gracias Che Dios Ñandejará.

Armó y se prendió un tabaco.
Mirar como despierta el Paraná
con un manduvá en el saco
era su exigua felicidad.

No estaba ya en la tapera
su hermosa flor, su cuñataí.
Ahora que nadie lo espera
puede quedarse tekoreí.

No pudo darle su calor.
En su miseria no la pudo resguardar.
Que no se vive del amor
si hay otra boca que tenés que alimentar.
Cuando la guaina raú nació
se fue quedando sin su mejor mitad.
Un día la lancha la llevó
y no volvió a tenerla nunca más.

Por un camino de vacas
se vuelve al rancho ese kuimba'e.
Lo saludan unos perros
¡Fuera carajo! ¡Salí nambré!

Textos premiados

“Quedatená”, le decía
“Rojaijo, mi amor, ndé porá”
Habrá que traer unas ramas
y asar al fuego ese manduvá.

Pitogüé

No saben de pesca

No saben de pesca mas me tienen dicho:
silbar en la tarde cuando el sol se aleja
convoca buen pique y llanto de sirena.
Ellos me aseguran haber visto en peces
nobles cicatrices de desigual lucha
para no rendirse en aguas oscuras
o en la superficie.

No saben de pesca y ahora se me acusa
de ser triste boya. Que soy caña atada
y de anzuelo limpio. Que mi tanza es floja
y mi amor indeciso.

No saben de pesca: amor es desgarró,
anzuelo continuo de invisible daño.
Arde piel adentro su atroz mordedura
sobre y almas. Su funesta herida
en mí, nunca cura.

No saben de pesca y a todos mencionan
que a última hora del cuarto creciente
que sangra en el río, el rey de los peces,
escamado en plata, exhibe mi pena
en pobre canasta de mimbre y hastío.

No saben de pesca pero andan diciendo
que la pena es río que va por mis venas
como tanza débil con color de vino.
No saben que encarno con lágrima y barro
cual loco artesano, desde el abandono
de aquella que amo.

Paso de las liebres

Voces del Iberá

*A Juan Carlos por aquellos días
en Colonia Pellegrini,
antesala de un paraíso terrenal
(Corrientes, Argentina)*

I

No están en el pasado sino en el futuro
infunden su hálito nutricio
en jardines flotantes que ondulan
cincelados sobre el regazo exuberante
de la Madre Agua,
una Piedad americana,/
litoral y vívida,
fecunda de islas-hijas,
tornadiza, brillante

aventurarse a la extendida metralla de ripio/
del camino para caer rendido
ante la visión del regio pedraplen que lleva/
al pobladío
encomendarse al cielo y atravesar las vértebras/
de madera crujiente
del coloso portal que abre
al corazón de los Esteros

asomar la cabeza por el poncho
y arrebujarse en la quietud
de los colores esteños
sinuosas estrías/
suturadas con/
pétalos violáceos
en el intenso azul-turquí de la/
laguna
el naranja-cobre irisado en la crin/
del aguará guazú,
la espuma nubilosa en la garganta
y el amarillo-negro en el cuero/
de la curiyú,
el copete de plumas rojo-fuego del/
cardenal

auscultar los sonidos del silencio
el estruendo de moles a motor/
traqueteando
sobre los crujientes maderos del/
puente,
el vuelo rasante de garzas blancas/
y espátulas rosadas,
chillidos de ipacaá caminador/
al declinar la tarde,
teru-teru continuamente alerta,
piado de chajá, quejumbroso/
silbido de pirincho,
siseo de despielada yarará, maúllo/
de gato montés,
gruñido de lobito de río, aullido/
territorial de mono carayá,
lacónico ladrido de carpincho
Señor del pasto

intuir en las sombras
el desplazamiento solitario, crepuscular,/
pardo-rojizo
del guazú pucú de los pantanos,
velado a la luz del día
en esponjoso dormitorio de paja
ciervo grande

se envuelve cada noche
sahumada en el lecho fluvial de/
sus heridas
para despertar con cada amanecer,
más lánguida y más cárdena,
hasta ese tercer día en que se/
ultima

después será
carnudo fruto, mazorca de semilla/
colmada con fécula sabrosa
sin prisa macerado en el torrente/
acuático

Maíz del agua

unir las manos y reconfortarse
en el misticismo del m`burucuyá de los/
Guaraníes
devotamente bautizado pasionaria
Flor de la Pasión
sacro manto esmeralda
ungido con la corona cerúlea de sus flores/
y la gema dorada de sus frutos.

II

Esplenden fuera del tiempo sin/
enfermedad, miseria, dolor, ni injusticia
eternizan la rogativa milenaria que/
susurra La Naturaleza:

Tierra sin mal.

Mainumby

- 1-Zini, Julián. Avío del alma
- 2- Madariaga, Francisco. Tembladeras de oro
- 3- Benarós, León. La flor del Aguapé.

La isla del monje

Dicen los libros olvidados que, desde tiempos remotos, los hombres-niños sospechan que el Dios de los secretos habita inhóspitos territorios cercanos, apenas conocidos en los bordes. La literatura mucho se ha encargado de tejer historias de misterio en desiertos, en montañas, mares y selvas. Yo nací a la vera del Iberá, para mí el misterio está en la isla.

Mi viejo sí tenía muchos amigos; él solía decir que abrevaba de cada uno y que todos, sin excepción, poseían un toque mágico, único y precioso. Por aquel entonces, yo pensaba que era una excusa, para justificar ante mi madre sus largas sobremesas de peñas de viernes. Ahora sé que no.

Salvo unos pocos, los amigos de papá llevaban con hidalguía un apodo; un apodo de uso cerrado, exclusivo para el selecto grupo.

Algunos, vinculados con cierto aspecto personal, otros, retenidos de los tiempos de infancia, y un tercer grupo, rebautizados por el mismo clan, cuyo significado, origen y circunstancia, no se hallaba disponible a los ajenos.

A todos los recuerdo con claridad, salvo a él, al Monje. No puedo acordarme de su aspecto personal pese a que había sido muy cercano a mi viejo. Más, por esos inexplicables vericuetos de la memoria, me ha perseguido todos estos años un relato suyo que, en mi casa, se referenciaba en cierto tiempo.

Resulta ser que el Monje, había dejado caer un juramento (seguramente en noche de asado y vino) de esos que se mantienen a sangre y fuego entre amigos y que, por alguna inexplicable razón, logró inquietar profundamente al resto.

“El día mismo que consiga jubilarme, me instalo en la isla y no piso más un lugar con mucha gente”.

Yo debía tener no más de cinco o seis años cuando me enteré de que el Monje había cumplido su promesa.

Creo recordar que llegó a la puerta de mi casa tocando bocina y a los gritos, con el mismo Rastrojero color naranja, que mi viejo acostumbraba usar para cargar trastos de su trabajo,

remolcando una canoa de madera brillante con algo cubierto en el medio, que supuse era un motor Villa y repleto de cosas llamativas, por lo innecesarias, para una presunta jornada de pesca.

Una silla mecedora, una cámara de foto, varios muebles laminados, una máquina de escribir Olivetti y libros, una gran cantidad de libros de colores y tamaños de lo más variado.

El Monje se instaló en la isla al mismo tiempo que lo hacía en mi conciencia infantil.

Lo imaginé sentado en su mecedora a la orilla del gran río marrón, leyendo libros herméticos, a la luz de un farol a querosene y rodeado de una zumbante nube de insectos.

Lo imaginé en invierno cubierto de frazadas, frente a una enorme fogata de leña húmeda, comiendo con la mano trozos de pescado que burbujaban en una olla negra.

Lo imaginé en Navidad, bailando, festejando y riendo melancólico, con un séquito de curiosas nutrias y carpinchos; hasta lo imaginé agonizando entre el camalotal, picado por una víbora amarilla y viscosa.

Cada vez que, con mis padres, cruzábamos el Puente de los Aplausos camino a Carlos Pellegrini, yo señalaba la gran laguna, cortada por el horizonte y les preguntaba por la casa del Monje.

Ellos respondían con evasivas: “*Muy lejos, de acá a varias horas de lancha*”.

Recuerdo una noche, algunos meses después de la despedida del Monje, mis padres se dispusieron a salir en pareja, cosa poco frecuente, y con mi hermano nos quedamos en compañía de mi abuela.

—*¿Dónde van papi?* —Preguntó mi hermano menor.

—*Vamos a despedir a un amigo que se va a vivir con el Monje.* —Nos largó, mirándome a los ojos, como queriendo decir algo que debía interesarme.

Como siempre sucede, el tiempo se encargó de diluir los recuerdos. Muchas veces recorrí las islas del Iberá, incluso, en ocasiones, pasé varias noches con mi propio grupo de amigos.

De tanto en tanto, el desdibujado recuerdo del Monje solía sorprenderme y hasta en alguna ocasión, retorné a casa seguro de haber visto un raro baquiano enfrascado en libros antiguos, de esos que ya nadie lee; o una mecedora de mimbre derruida por la última inundación que bien podría ser aquella.

Mi padre murió cuando yo estaba a punto de cumplir 30 años, aunque estas cosas nunca se prevén, como era de suponer sus viejos amigos se hicieron presentes.

Mi madre, mi hermano y yo pasamos la noche del velorio recordando viejas anécdotas de un hombre amorosamente singular.

Dicen que la memoria es selectiva, será quizás por eso que habiendo atesorado el recuerdo del Monje, quien pasó fugazmente por mi vida, hace más de cuarenta años, hoy no recuerdo cuál de los amigos presentes en aquel lento amanecer del 8 de noviembre, largó la frase que inspira este relato nimio.

—Tranquilo hijo, tu padre ya estará en la isla, pescando, riendo y tomando vino con el Monje. —

Difícilmente pasa un mes sin que visite las islas. La metáfora del Monje, ayudó a delinear y a sustentar en mi vida el encanto que ejerce ese misterioso lugar, hasta hace poco, apenas incluido en las cartas de viajes.

Yo adoro las islas verdes y marrones, como los beduinos el desierto; respeto su bravura de agua y barro, como los montañeses un alud o un

temporal de nieve. Las pienso llenas de misterio, igual que los aborígenes a las selvas tropicales.

Como todos, estoy seguro de que ofrecen respuestas arcanas, de esas que los hombres-niños todavía no nos atrevemos a preguntar.

Gregorio Murúa

No se pesca de noche, en viernes de luna llena

Es conocido por la gente que los viernes de luna llena ocurren cosas raras. Eso lo sabemos todos. La gente de la costa dice directamente: no se pesca de noche el viernes de luna llena. No se discute el uso: no se pesca. No pesco, no salgo con la lancha en noche de viernes, si hay luna llena, eso se oye. Y aunque el pescador es mentiroso, jamás creí ni quise hacerme eco de supersticiones.

Decididamente no se debe ir de noche, con la luna llena ni a ríos, ni a arroyos, ni a la Iberá. No suele haber buen pique, la luna nos denuncia, nos delata; no viene el pez; la rana se escabulle; la anguila duerme. Y nunca, nunca, se ha de ir solo. Lo sé bien, empero, un par de veces tuve que ir, por falta de dinero, con urgencia, pues. Y entonces es cuando pasan cosas feas. Y nadie nos puede ayudar.

No se pesca de noche, con luna llena. Y menos el viernes. Porque es cierto que los viernes de luna llena ocurren cosas. Pueden ser raras. Tal vez peligrosas. He visto tantas cosas extrañas en viernes de plenilunio como no he visto en el resto de mi vida. Pero eso, aparte del miedo y la angustia del momento, no me molesta tanto. Lo que me molesta es que después no me crean.

Todos los viernes de luna llena, de una enorme vasija de claroscuros, el cielo vuelca, de izquierda a derecha, con pulso perfecto, manso torrente de estrellas.

Yo pescaba oculto por mi sombrero cuando un viernes de septiembre, vi cómo, tal vez mareadas por la altura, dos estrellas jóvenes cayeron al agua, tan cerquita de mí. Una sobrevivió, aferrada a una tanza larga que le tendió la araña. Tomé mi sol de noche y salté al bote. Sin necesidad de remar, me asomé al otro extremo, la tomé con suavidad y la llevé junto al fuego. Se secó las translúcidas alas, saludó a la araña, me sonrió y voló dificultosamente a lo alto. Qué solo quedé.

No se pesca de noche, en viernes de luna llena. Cualquiera sabe eso. Don Gumersindo revisa el espinel. Nada. Nada. Se saca la gorra de tela cuadriculada y se rasca, como si ese acto fuera preciso para definir algo. Quizás eso lo ayude a decidirse. Sus remos parten en mil trozos de cristal la luna *morotí* que nada en el estero.

Va a tirar unas líneas para el lado de Curva Azul, aun a sabiendas de que *asigún* don Carlo, por ahí, rielan sobre aguas oscuras, yará y aparecidos. Como una gracia o un desafío *taurongo* se empecina en darle lonjazos al agua con el remo hasta que ya no le sirve por lo espeso de la vegetación acuática y recurre a una gruesa y fuerte caña que apoya en el fondo del lodo, tan móvil como las anguilas que lo habitan.

El batel está detenido entre la espesura, no precisa atadura a algún árbol raquítico ni al fierro oxidado que trabaja de ancla. El hombre maneja el termo sin necesidad de acomodarse, de buscar un punto de gravedad o equilibrarse, tan estática se halla la canoa. Toma un amargo perfumado con yerbabuena. El grato ruido del mate sequito, ya. Otra sorbida exigente. Algunas figuras se han movido, no puede precisar formas ni distancias, sólo que le dan frío. Un ruido en agua lo hace buscar el machete, con una sonrisa: dicen que las ánimas no hacen ruido, vuelan sobre el agua, *nicó*, así que puede ser víbora, yagareté, o carpincho. Carpincho, no, dicen que no anda de noche. Pero es algo grande *añá membúi*. ¿Para dónde va? La luna, solidaria, le ilumina la escena: don Gumersindo distingue, entre pastos altos y juncos, al yacaré que produce el ruido. El ruido de la saliva que traga supera al del animal que embiste la vegetación. Pero eso no es todo o no es lo peor. Ya la noche suelta sus criaturas de pantano.

Una vieja que porta un farol de llama vibrante en la oscuridad en que no sopla viento, arrastra el vestido sin fin por sobre las aguas inmóviles. Don Gumersindo suda en silencio, La mujer parece buscar algo. Que no sea a mí, ruega el hombre. La mujer alza una mano para llamar sin voz. Una bandada de aves negras pasa sobre el asustado testigo y le conmueve la gorra a cuadros y los pelos que se alzan, casi saliendo sobre la tela transpirada. La vieja apunta su lámpara hacia el bote y avanza, indecisa. Es sólo un momento. El hombre le ve una larga cicatriz que va del pecho hasta la mejilla derecha: un machetazo, *angá*. Luego la luz se aleja, a un metro sobre las aguas, flotando, mujer y farol, sobre los penachos del juncal silente y tembloroso.

Ahora, como en una geografía donde reina el fantasma, la mirada de don Gumersindo se adapta a lo sobrenatural, advierte sombras que tal vez han andado siempre junto a su bote y él no ha notado antes. Como si cosiera telas de fantasmas rasgadas por el ceibal, la mirada temerosa del pescador sutura tajos de sombras ausentes que aún no aceptan la tumba y alucinan todavía que caminan la ribera, cruzan las aguas, y eso hacen, sin pisadas, sin estela. Intentando huir, el hombre hunde el remo, pero las aguas se le escurren, como si él y si bote fueran los fantasmas. Todo se mueve ahora, menos el hombre y la canoa, que semejan una estampa opaca clavada al horizonte en alambrado de tres

hilos. Don Gumersindo no aguanta más y grita. Testigo mudo, indiferente, el irupé, imperturbable y sabio maestro guaraní, lo oye, lo observa, sin ayudarlo, permaneciendo en su reflexiva y esencial posición de flor de loto. Los espectros no lo escuchan, no se asustan de ese miedo que ocurre en otro lado, siguen su ronda a la luz de la luna llena.

Amanece para el lado de la Curva Azul. Brilla el sol. Cantan los pájaros. Don Gumersindo empieza a remar, inseguro. El botecito se desliza con dificultad entre la espesa flora del pantano.

El pescador suelta el remo, se arrodilla, se persigna y agradece el peso, el cansancio, la distancia.

Pocoluse

El fracaso del cazador

Durante dos años trabajé en una Empresa caminera, que construía la Ruta 14 hasta el límite con Entre Ríos. El Obrador de la empresa estaba instalado en las cercanías de Moco-retá, un pequeño y hermoso pueblo correntino, que frecuentamos mucho.

Con algunos amigos viajábamos todos los meses a Corrientes, para realizar ciertos trámites. Generalmente viajábamos de noche, para estar en casa a la mañana temprano. Entonces no observábamos el paisaje... Pero al volver a Moco-retá, sí podíamos disfrutarlo.

Qué cantidad de Lagunas, veíamos desde la ruta..., y cada laguna con su ecosistema. Lo que más había eran aves, y de las grandes: cigüeñas y “tuyangos”, junto a muchas garzas.

En algunas lagunas aparecían chajás, me asemejaban teros, pero de mayor tamaño. Un ave muy bella y de impresionante volar. Al igual

que las cigüeñas, generalmente estaban paradas, comiendo. Muy pocas veces tuvimos la suerte de verlas volando. En varios momentos del viaje, a lo alto, aparecía una bandada de cuervo, planeando envidiablemente.

El mamífero abundante, que recuerdo, era el vacuno. En una zona especial para su cría.

En un viaje encontramos un grupo de ñandúes, quizás unos nueve o diez. Se movían alrededor de otro que estaba tumbado en el suelo, quizás lastimado. Giraban en torno al caído, con raros movimientos. La punta de un ala tocando el suelo y el otro extremo, bien levantado..., y se balanceaban... Tuve la impresión de que estaban celebrando una ceremonia llamativa y graciosa.

En otro viaje, se me ocurrió llevar mi pistola, para cazar vizcachas. Al cruzar por una gran laguna, vemos un chajá a unos veinte metros de la ruta. Mi amigo detiene el auto y desde la ventanilla le apunto y tiro... El chajá cae y queda tumbado sobre el agua.

Cegado por la emoción, me desvisto en la orilla de la laguna y entro a juntar mi trofeo. Bajo la superficie del agua había un entramado de raíces, que fui pisoteando. El pobre chajá, con un ala remó y se alejó unos metros más. Pero quedó a pocos metros de mis manos. Avancé más rápido y él se vuelve a alejar... Me tuvo así,

hasta que dejé de hacer pie. Me largué a nadar y se volvió a alejar...

Al braccar, tenía que arrastrar raíces y eso requería mayor esfuerzo. Pero lo veía tan cerca que seguí nadando... Hasta que me sentí completamente agotado... Me asusté un montón. Me di cuenta que debía dejar de lado la emoción y ponerme a usar la cabeza... Me consideraba un buen nadador, era una vergüenza ahogarme en una laguna no tan grande.

Al instante perdí el interés por el chajá y me dediqué a seguir su ejemplo, a pensar en salvarme... Miré hacia el auto y noté que ya pasé la mitad de la laguna y a mi izquierda había un tramo más corto. Nadé hacia allí, muy asustado..., hasta que me di cuenta que me estaba apurando demasiado, entonces hice “la plancha”, respirando profundo y con calma, hasta llegar a la orilla.

Mientras me secaba y vestía, Rubén, mi amigo me decía que me castigó la Naturaleza y me di cuenta que intenté matar por divertirme y ese chajá, me obligó a respetar su vida. Y me cambió un poco la cabeza. Nada mejor que un susto, para entender las cosas.

Lomeño

Apéndice

El Iberá, la mayor reserva de fauna y flora argentina

El **Iberá** (*agua brillante*, en idioma guaraní) es un extenso humedal de la provincia argentina de Corrientes, compuesto por lagunas, esteros, ríos, montes, pantanos, arroyos y bañados que totalizan unos 12.000 km².

Debido a su particular geografía y difícil acceso, la zona cuenta con una profusa y variada población animal. La fauna autóctona incluye numerosas especies amenazadas para las cuales éste es uno de los últimos hábitats remanentes; entre ellas, el **ciervo de los pantanos** (*Blastoceros dichotomous*), el **venado de las pampas** (*Ozotocerus bezoarticus*), el **carpincho** (*Hydrochoerus hydrochaeris*), el lobo de crin o **aguará guazú** (*Chrysocyon brachiurus*), el **yacaré** overo (*Caiman latirostris*) y negro (*Caiman yacare*), la boa **curiyú** (*Eunectes notaeus*) y el **lobito de río** (*Lontra longicaudis*), los monos aulladores (o **ca-rayás**), así como una enorme variedad de aves como el **pirincho** entre tantas muchas.

La ictiofauna también es muy variada y abundante, sobresaliendo los **dorados**, arma-

dos, surubís, pacúes, mojarras, tarariras y palometas. Algunas especies fueron cazadas casi hasta su extinción, como los **yaguaretés**, al igual que el **tapir**, el **lobo gargantilla**, el **pecarí de collar** y el **oso hormiguero**; todos se hallan hoy protegidos celosamente. En algunos casos se han reintroducido ejemplares para potenciar su repoblación.

La exuberante flora local incluye numerosas especies acuáticas como el camalote, y amapolas de agua —que dan lugar al fenómeno de los *embalsados*, auténticas islas flotantes que compli- can la geografía de las lagunas— además de ex- tensos pirizales.

El 15 de abril de 1983, por ley 3771, un área de unos 12.000 km² —dividida entre los depar- tamentos San Miguel, Concepción, Santo Tomé, San Martín y Mercedes— fue instituida como *Reserva Natural Provincial* por el gobierno de la provincia de Corrientes, del que depende ac- tualmente.

Esta es el área protegida más extensa con la que actualmente cuenta la República Argentina. Se lo considera un humedal de importancia in- ternacional en los términos de la Convención de Ramsar¹.

¹ **Convención Relativa a los Humedales de Importancia Inter- nacional especialmente como Hábitat de Aves Acuáticas**, co- nocida en forma abreviada como **Convenio de Ramsar**, ciudad del Irán situada a orillas del mar Caspio donde la Convención



(Mapa difundido por Wikipedia)

sobre los Humedales fue firmada el martes 2 de febrero de 1971 y entró en vigor el 21 de diciembre de 1975. Su principal objetivo es «la conservación y el uso racional de los humedales mediante acciones locales, regionales y nacionales y gracias a la cooperación internacional, como contribución al logro de un desarrollo sostenible en todo el mundo».

Textos premiados



Un ejemplar joven de ciervo de los pantanos macho.



Un ciervo de los pantanos hembra.

Textos premiados



Jacinto de agua o camalote.



Bromelia de los esteros del Iberá.

Textos premiados



Paisaje típico de los esteros: agua, juncos y embalsados.



Un "aguapeazó", propio de los esteros y lagunas de Corrientes.

Textos premiados



Yacaré, personaje característico del Iberá.



Oso hormiguero o “yurumí”.

Textos premiados



Yaguareté, el rey.



Camino de entrada a Colonia Carlos Pellegrini y la laguna Iberá.

Textos premiados



Vista aérea del Iberá.

Índice

De las Bases de Acción Política del Encuentro Liberal (ELI).....	9
Proemio.....	11
Kuimba'e.....	13
No saben de pesca.....	17
Voces del Iberá.....	19
La isla del monje.....	25
No se pesca de noche, en viernes de luna llena	31
El fracaso del cazador.....	37
Apéndice	
El Iberá, la mayor reserva de fauna y flora argentina.....	41

Este libro se terminó de imprimir en Moglia S.R.L.
en Corrientes, Argentina – Octubre de 2018

Los poemas y cuentos insertos en esta antología fueron elegidos por el jurado del Concurso Literario ELI 2018 en los primeros días del mes de octubre de 2018, entre aproximadamente ochenta trabajos provenientes de todo el país.

La temática convenida en las bases de la competencia fue el sistema del Iberá, parque acuático, ecológico y turístico de la provincia de Corrientes. El jurado estuvo integrado por los escritores Moni Munilla (Corrientes), Marina Nill (Resistencia) y Alejandro Mauriño (Corrientes).

